

Dios como amor purificador en San Juan de la Cruz

JOSÉ-DAMIÁN GAITÁN, OCD.
(Madrid)

En nuestro mundo no siempre resulta fácil compaginar las ideas de que Dios sea amor y que, a la vez, su amor sea purificador. Sin duda alguna porque, con frecuencia, se ha identificado la purificación con castigo o represión. Y, si esto se aplica a Dios, la idea puede resultar ciertamente un tanto difícil de sobrellevar en algunas ocasiones.

Por lo que respecta a Juan de la Cruz el tema de la purificación o purificaciones necesarias en el camino espiritual se ha tratado fundamentalmente más desde la ladera del hombre que desde la ladera o el lado de Dios. Y esto incluso cuando se he hablado de las purificaciones pasivas.

En este artículo pretendo hacer una relectura, aunque sea muy somera, del tema de la purificación o purificaciones en san Juan de la Cruz desde el hecho y la afirmación de nuestra fe cristiana de que «Dios es amor» (1Jn 4,16), y no tanto o sólo desde la perspectiva más puramente antropológica, como es más habitual. Lo cual no significa que esta última perspectiva quede excluida. Hacer así sería un verdadero error. Porque en la economía de salvación que Dios nos ha ofrecido en Cristo no se puede hablar del hombre sin hablar de Dios, pero tampoco al revés: hablar de Dios sin hablar al mismo tiempo del hombre y la historia humana¹.

¹ Para una visión más sistemática del tema de la purificación en san Juan de la Cruz me remito a otros dos trabajos míos y a la bibliografía allí señalada:

1. ALGUNAS REFERENCIAS SOBRE UN TEMA ANTIGUO PERO ACTUAL

La relación entre amor, purificación necesaria y Dios ha sido claramente afirmada recientemente por el papa Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005). Empezaré precisamente mi exposición haciendo un *excursus* o acercamiento a algunos textos de este documento pontificio que me parecen de importancia en la presente reflexión.

1.1. Se podría pensar que eso de la purificación es algo de otros tiempos, de autores espirituales y místicos del pasado. Lo de hoy sería simplemente el amor. Pero el Papa Benedicto XVI con su primera encíclica nos ha venido a sacar de este error. Al leerla por primera vez me fui dando cuenta del peso que tenía dentro de la misma el tema de la purificación del amor. Y en muchos casos veía su sintonía al respecto con las enseñanzas de Juan de la Cruz. Ciertamente, no lo cita en ninguna parte. Y quizá ni haya pensado en él en ningún momento de la elaboración de dicho documento. En todo caso, las coincidencias de planteamientos se explican a mi parecer por el hecho de que uno y otro, Juan de la Cruz y Benedicto XVI, beben de las mismas o parecidas fuentes doctrinales patristicas y medievales.

No pretendo aquí hacer una confrontación entre ambos autores ni sus respectivos textos. Sería algo que desbordaría mis pretensiones actuales. Tampoco tengo intención de caer en la tentación de hacer concordismos fáciles —lo de ir diciendo: esto ya lo dijo Juan de la Cruz—, por la razón antes mencionada. Pero sí quiero recoger aquí las líneas fundamentales de la *Deus caritas est* sobre la purificación, y sobre todo la purificación del amor, porque creo que sin duda ayudan a comprender mejor hoy la actualidad de Juan de la

cf. «Purificación», en *Diccionario de san Juan de la Cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 2000, 1229-1249; «Purificazione. Notte del senso, notte dello spirito», en *Dizionario Carmelitano*, Roma, Città Nuova, 2008, 719-725. Puede ser también interesante, para completar la presente exposición, el planteamiento trinitario poco habitual que encontramos en el trabajo de S. CASTRO, «El rostro de Dios en san Juan de la Cruz», en *Revista de Espiritualidad*, 58 (1999) 187-223.

Cruz también en este campo. Esto sin olvidar las diferencias de matices.

1.2. Una primera afirmación metodológica a tener en cuenta es que, aunque la perspectiva fundamental de dicha encíclica del papa Benedicto XVI sea «Dios amor» o el amor que viene de Dios, sin embargo, al hablar de la purificación del amor, se aborda siempre dicho tema desde el lado más bien antropológico. Por lo que me parece que en ningún caso se habla explícitamente de un Dios amor purificador para el hombre. Sin embargo, creo que sí se pueden encontrar referencias más o menos directas a dicha perspectiva. De cómo el contacto de Dios con el hombre o del hombre con Dios no sólo exige purificación, sino que, a su vez, purifica.

En la encíclica, la relación entre amor y purificación se aborda sobre todo en la primera parte, titulada *La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación* (n.º 2-18). No son pocos los números en los que se hace referencia a dicho tema, entre los que hay como un hilo conductor interesante.

1.3. Planteando la cuestión de la relación entre «eros» y «ágape» (diferencia y unidad) el papa comenta que «los antiguos griegos dieron el nombre de *eros* al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra *eros*, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —*eros*, *philia* (amor de amistad) y *ágape*—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (*philia*), a su vez, es aceptado y profundizado en el *Evangelio de Juan* para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra *eros*, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra *ágape*, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor»².

² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (de ahora en adelante DCE) 3.

En contra de lo que se afirmaba y se practicaba en muchas culturas y religiones paganas, el AT y el NT, y con ellos la tradición cristiana desde sus orígenes, siempre se han mostrado contrarios a una como divinización, sin más, del eros, en cuanto instinto o deseo, principalmente sexual. Es en este contexto que el papa nos dice que «el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, «éxtasis» hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser»³.

1.4. Reconoce y asume la acusación, que se ha hecho al cristianismo, de cierto rechazo de la corporeidad y de haber pretendido privar al hombre de una de las cosas más bellas de la vida. En todo caso su respuesta reiterada es una y otra vez que el eros, para alcanzar plenamente su meta, necesita purificarse⁴.

He aquí dos textos algo largos, pero complementarios entre sí: «Entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni «envenenarlo», sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza. Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza»⁵.

³ DCE 4.

⁴ Cf. DCE 3-5.

⁵ DCE 5.

El otro texto, que encontramos un poco más adelante, es el siguiente:

«La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el *eros* quiere remontarnos «en éxtasis» hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación. ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el *Cantar de los Cantares* (...). El amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca»⁶.

1.5. El papa nos señala, pues, en cierto modo a los místicos como maestros del verdadero amor. Pero en el texto siguiente, y muy en sintonía con lo que leemos en Juan de la Cruz, Benedicto XVI indicará más en concreto la relación entre este camino de purificación o salida de sí y el seguimiento de Cristo: «El amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobraré» (Lc 17,33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10,39, 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; Jn 12,25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacri-

⁶ DCE 5-6; cf. 10.

ficio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general»⁷.

Según esto, la fe cristiana no sólo no destruye el amor, tanto en su sentido más humano como en el más divino, sino que, purificándolo, lo abre a «nuevas dimensiones»⁸, hasta el punto de poder hablar incluso de un eros en Dios tan purificado y ennoblecido, que llega a fundirse con el ágape, que es a la vez ágape. Algo que vemos reflejado en el AT en profetas como Oseas o Ezequiel, y no sólo el Cantar de los Cantares. Allí, y en toda la Escritura se nos habla de un amor tan apasionado de Dios por el hombre que le lleva a ponerse «contra sí mismo, su amor contra su justicia»⁹. Explicando esto, se nos dice: «El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor»¹⁰.

1.6. Por eso, en este contexto y desde Dios, se comprende que el amor en el hombre esté llamado a ser algo más que puro sentimiento, que además, como todo en él, también, a su vez, debe ser purificado. Pero esto no quiere decir que no se reconozca el sentido y función de los sentimientos dentro de una visión global del hombre. En este sentido el papa escribe: «El amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor (...). Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del

⁷ DCE 6.

⁸ Cf DCE 8 y 17.

⁹ Cf. DCE 9-10; 38-39.

¹⁰ DCE 10.

Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo»¹¹.

El contexto en que aparecen estas reflexiones de Benedicto XVI son unos números, al final de la primera parte de su encíclica, dedicados a la relación entre el amor a Dios y amor al prójimo¹². Precisamente a raíz de las reflexiones anteriores, rebate la objeción de que el amor, sobre todo el amor al prójimo, sea sólo un puro sentimiento que no se puede imponer, que se tiene o no se tiene¹³. Para un cristiano el amor al prójimo, afirma, «consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo»¹⁴.

1.7. Por último, muy en sintonía con lo que dice Juan de la Cruz, ya en la segunda parte de su encíclica Benedicto XVI plantea la relación fe-razón, fe y mundo político y social, en el sentido de la fe como camino de purificación necesaria para la razón y el actuar humano¹⁵. Así encontramos las siguientes afirmaciones:

— «La razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder

¹¹ DCE 17.

¹² Cf. DCE 16-18.

¹³ Cf. DCE 16.

¹⁴ DCE 18.

¹⁵ Me ha parecido importante recoger aquí esta relación entre fe-razón, o purificación de la razón desde la fe, que aparece en *Deus caritas est*, por sus ciertos planteamientos de base coincidentes con las enseñanzas a este respecto de Juan de la Cruz; aunque este sea un aspecto que va a quedar más bien al margen del presente trabajo. En todo caso no conviene olvidar lo que recojo en el último párrafo de este primer punto sobre la relación necesaria entre las tres virtudes teologales en el camino de la purificación.

que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente»¹⁶.

— «Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio»¹⁷.

— «Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica»¹⁸.

— «Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables»¹⁹.

— «Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón auto-responsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo»²⁰.

A su vez, la encíclica a la que me estoy refiriendo acaba afirmando no tanto o sólo la primacía de la fe o de la caridad, sino la estrecha relación que existe entre las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que nos permiten situarnos de forma adecuada frente al misterio de Dios y el misterio de la existencia humana, frente a la cruz de Cristo y las cruces de la humanidad. Misterios no

¹⁶ DCE 28 a).

¹⁷ DCE 28 a).

¹⁸ DCE 28 a).

¹⁹ DCE 28 a).

²⁰ DCE 29.

siempre comprensibles para la sola mente humana en su sentido actual y último²¹.

2. EL AMOR QUE PURIFICA

2.1. Nuestro tiempo se siente a veces más seducido por las noches de san Juan de la Cruz que por sus exigencias de purificación. Pero es un puro espejismo, porque no se puede dar una cosa sin la otra. De hecho, los más entendidos saben bien que purificaciones y noches son dos términos que tienen mucho en común en el lenguaje y la doctrina espiritual sanjuanista. Fue el mismo Juan de la Cruz quien hizo este acoplamiento entre ambos términos y conceptos. Así nos dice en uno de sus escritos fundamentales, *Subida del Monte Carmelo*, al comenzar a explicar la primera de las estrofas del poema *Noche oscura*: «En esta primera canción canta el alma la dichosa suerte y ventura que tuvo en salir de todas las cosas afuera, y de los apetitos e imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre, por el desorden que tiene de la razón. Para cuya inteligencia es de saber que, para que una alma llegue al estado de perfección, ordinariamente ha de pasar primero por dos maneras principales de noches, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma, y aquí las llamamos *noches*, porque el alma, así en la una como en la otra, camina como de noche, a oscuras»²².

Nuestro místico tiene una visión dinámica del hombre, que en su vida necesitaría pasar por toda una serie de etapas, entre las que se encuentran las que él llama de purificación, que tienen un valor antropológicamente constructivo para el mismo hombre no sólo en un sentido espiritual, sino también en un sentido puramente humano. Pues bien, para recorrer esas etapas de modo adecuado, que cumplan de verdad su función última antropológica y espiritualmente, el hombre necesita siempre el amor de Dios: un amor hacia Dios, que, por otra parte, le viene dado como don por Dios mismo. De gran plasticidad

²¹ Cf. DCE 36-39.

²² 1 *Subida del Monte Carmelo*, 1,1 (cf. 2-3). De ahora en adelante *Subida del Monte Carmelo* = S, con el número del libro primero, segundo o tercero delante de dicha letra (1S, 2S, 3S).

dad en este sentido es el texto siguiente que es, como el citado un poco más arriba, del comienzo mismo del libro de la *Subida*: «Quiere, pues, en suma, decir el alma en esta canción que salió —sacándola Dios— sólo por amor de él, inflamada en su amor»²³.

2.2. En esta misma línea, explicando más adelante el verso «con ansias en amores inflamada», comentará que «para vencer todos los apetitos y negar los gustos de todas las cosas, con cuyo amor y afición se suele inflamar la voluntad para gozar de ellos, era menester otra inflamación mayor de otro amor mejor, que es el de su Esposo, para que, teniendo su gusto y fuerza en éste, tuviese valor y constancia para fácilmente negar todos los otros. Y no solamente era menester para vencer la fuerza de los apetitos sensitivos tener amor de su Esposo, sino estar inflamada de amor y con ansias. Porque acaece, y así es, que la sensualidad con tantas ansias de apetito es movida y atraída a las cosas sensitivas, que, si la parte espiritual no está inflamada con otras ansias mayores de lo que es espiritual, no podrá vencer el yugo natural, ni entrar en esta noche del sentido, ni tendrá ánimo para se quedar a oscuras de todas las cosas, privándose del apetito de todas ellas»²⁴.

De alguna manera, aunque muy limitado e imperfecto, el amor inicial sensitivo, «con ansias», hacia Dios es fundamental para Juan de la Cruz en el proceso humano de purificación y crecimiento interior²⁵. Pero se trataría más bien de una etapa inicial pasajera, llamada a ser asumida por el caminar en la fe. Por eso en el inicio del segundo libro de la *Subida*, comenta que «no dice aquí que salió *con ansias*, como en la primera noche del sentido, porque, para ir en la noche del sentido y desnudarse de lo sensible, eran menester ansias de amor sensible para acabar de salir; pero, para acabar de sosegar la casa del espíritu, sólo se requiere negación de todas las potencias y gustos y apetitos espirituales en pura fe. Lo cual hecho, se junta el alma con el Amado en una unión de sencillez, y pureza, y amor, y semejanza»²⁶.

²³ 1S 4.

²⁴ 1S 14,2.

²⁵ Cf. 1S 14,1-3; 15,1-2.

²⁶ 2S 1,2.

Esta nueva etapa espiritual, llamada de la purificación activa del espíritu, no excluiría, por otra parte, la caridad y el amor, sino más bien las «ansias» sensibles iniciales en el amor, que son, como hemos dicho, siempre pasajeras; y el apego a toda una serie de noticias espirituales que nos pueden impedir la vivencia pura de la fe²⁷.

2.3. Por otra parte, en el conjunto del libro de la *Subida* se ve bien claro que el amor, y la voluntad en cuanto capacidad humana de amar propia del hombre, necesita, a su vez, purificarse. Y no sólo se purifica con la fe y la esperanza, sino que también, y de modo muy especial, con el amor de caridad (ágape) hacia Dios, por el que se le ama por lo que Él es en sí. Comenta nuestra autor: «No hubiéramos hecho nada en purgar al entendimiento para fundarle en la virtud de la fe, y a la memoria en la de la esperanza, si no purgásemos también la voluntad acerca de la tercera virtud, que es la caridad, por la cual las obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor, y sin ella no valen nada, pues, como dice Santiago (2,20), *sin obras de caridad, la fe es muerta*»²⁸.

En el fondo, todo el libro de la *Subida del Monte Carmelo* es un gran tratado sobre el amor y sobre aquello que nos pueda apartar o llevar al verdadero amor hacia Dios, que es lo único que verdaderamente construye al hombre²⁹. O, con otras palabras, es un tratado sobre el *ordo amoris*, que dirían los escritores medievales. En principio ningún amor a nada humano o espiritual quedaría excluido, sino sólo aquellas actitudes que llevan al hombre a quitar a Dios del primer y supremo lugar en nuestro amor. Desde el amor de Dios todo se integra adecuada y armoniosamente. Es lo que Juan de la Cruz nos dice: «Y para haber ahora de tratar de la noche y desnudez activa de esta potencia, para enterarla y formarla en esta virtud de la caridad de Dios, no hallé autoridad más conveniente que la que se escribe en el Deuteronomio, capítulo 6 (v. 5), donde dice Moisés: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu fortaleza*. En la cual se contiene todo lo que el hombre

²⁷ Cf. 1S 2,3.

²⁸ 3S 16,1.

²⁹ Esto se ve claro desde el primer libro de la *Subida*.

espiritual debe hacer y lo que yo aquí le tengo de enseñar para que de veras llegue a Dios por unión de voluntad por medio de la caridad. Porque en ella se manda al hombre que todas las potencias, y apetitos, y operaciones, y aficiones de su alma emplee en Dios, de manera que toda la habilidad y fuerza del alma no sirva más que para esto, conforme a lo que dice David (Sal. 58,10), diciendo: *Fortitudinem meam ad te custodiam*»³⁰.

2.4. En el inicio de *Cántico Espiritual* se nos comentará que el amor de Dios no sólo hace dejar o posponer el amor de otras cosas, sino incluso hace a la persona salir de sí misma. Así se afirma, por ejemplo, en repetidas ocasiones dentro del comentario a la primera canción³¹. Ya hacia el final de la misma resume dicha idea de la siguiente manera: «Es de saber que este salir espiritualmente, se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios: la una, saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios. Porque, cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta, que no sólo la hace salir de sí misma por olvido de sí, pero aun de sus quicios y modos e inclinaciones naturales la saca clamando por Dios. Y así, es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, mas también la sacaste e hiciste salir de sí porque, a la verdad, y aun de las carnes parece la saca, y levantástela a ti, clamando por ti, ya desasida de todo para asirse a ti (...).Levantarse el alma Esposa, se entiende allí (en el *Cantar de los cantares*), hablando espiritualmente, de lo bajo a lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma salir; esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios»³².

Esto que parece decirse así tan fácilmente, supone todo un proceso más bien largo, porque todo se hace «al paso del alma, y así (se) va poco a poco»³³. Todo *Cántico* es una expresión muy plástica y apasionante de lo que acabo de decir.

³⁰ 3S 16,1 (cf, todo el capítulo, y 3S 16-45).

³¹ Cf. CB (*Cántico Espiritual*, segunda redacción), 1,2; 1,6; 1,17; 1,19-21.

³² CB 1,20-21.

Dios nunca falta, ni quiere faltar, en su amor al hombre, al que ha creado y redimido por amor y para el amor³⁴. En el árbol de la cruz Dios se desposó de una vez para siempre con toda la humanidad, rompiendo cualquier barrera o frontera establecida anteriormente entre Dios y el hombre por el pecado original. Y en el bautismo, Dios, a su vez, se compromete con cada persona con un pacto personal de amor³⁵.

Pero por parte del hombre las cosas no resultan tan fáciles. E incluso se pueden dar ciertos autoengaños. De hecho Juan de la Cruz hace notar, ya en la primera canción de *Cántico*, que algunas personas «llaman al Esposo Amado, y no es Amado de veras, porque no tienen entero con él su corazón»³⁶. Dos canciones más adelante, en la tercera, insistirá en una idea en cierto modo complementaria. Dice así: «Bien da a entender aquí el alma que para hallar a Dios de veras no basta sólo orar con el corazón y la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también, junto con eso, es menester obrar de su parte lo que en sí es. Porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona, que muchas que otras hacen por ella. Y, por eso, acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice: Buscad y hallaréis (Lc 11,9), ella misma se determina a salir, de la manera que arriba habemos dicho, a buscarle por la obra por no se quedar sin hallarle, como muchos, que no querrían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo, y algunos aun no levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y querer inútiles. Pero hasta que de ellos salgan a buscarle, aunque más voces den a Dios, no le hallarán, porque así le buscaba la Esposa en los Cantares, y no le halló hasta que salió a buscarle; y dícelo por estas palabras: En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma; busquéte y no le hallé; levantarme he y rodearé la ciudad; por los arrabales

³³ CB 23,6; L 3,25 y 67; cf. F. RUIZ, *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*, Madrid, EDE, 2.^a ed., 2006 (cap. 10, «Al paso del hombre», 195-215).

³⁴ Cf. CB 1,1; 29,3.

³⁵ Cf. CB 23,1-6.

³⁶ CB 1,13.

y las plazas buscaré al que ama mi alma (3,1). Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que le halló (3,4)»³⁷.

3. DIOS AMOR PURIFICADOR

Sin quitar nada al esfuerzo humano para purificarse por la vía del amor, e incluso exponer la necesidad de purificar el mismo amor, como hemos visto, san Juan de la Cruz insistirá, con igual o incluso más fuerza, en que a dicha meta nunca se puede llegar verdaderamente sin la intervención de un Dios que es amor purificador. Sin duda esta es una de las características más claras de su doctrina espiritual.

En la perspectiva sanjuanista Dios ayudaría al hombre en este camino de purificación necesaria no sólo infundiéndole el amor y haciéndole sentir un amor apasionado, incluso fuertemente sensible en los inicios, como hemos visto en el punto anterior, sino también permitiendo, queriendo y procurando positivamente que pase por determinadas oscuridades interiores —noches—, que purificándole eficazmente de todo lo que no es esencial, sirven para encaminarle a un crecimiento positivo y regenerador de su ser total desde el amor y en el amor. Sólo así el hombre podría alcanzar la meta para la que ha sido creado: su «divinización», hecho partícipe plenamente de la vida trinitaria, que no es otra cosa que vida en el amor, porque configurado a imagen del Hijo, hecho hijo en el Hijo, capaz de amar con el mismo amor de Dios que es el Espíritu Santo³⁸.

3.1. Volviendo de alguna manera nuestros pasos sobre algunas de las cosas ya expuestas en el punto anterior, pero ahora desde esta perspectiva, vemos que en el inicio mismo de la *Subida del Monte Carmelo* se nos dice que al alma (= a la persona) «le fue dichosa ventura, salir sin ser notada, esto es, sin que ningún apetito de su carne ni de otra cosa se lo pudiese estorbar. Y también porque salió de noche, que [es] privándola Dios de todos ellos, lo cual era noche para ella. Y esto fue dichosa ventura, meterla Dios en esta noche, de

³⁷ CB 3,2; cf. CB 2,3-10.

³⁸ Cf. CB 36-37 y 39; y todo *Llama de amor viva* (=L).

donde se le siguió tanto bien, en la cual ella no atinara a entrar, porque no atina bien uno por sí solo a vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios»³⁹.

Pero este texto hay que leerlo en el conjunto de los escritos sanjuanistas. Nuestro místico es consciente de que Dios no hace nada en la vida del hombre sin el consentimiento del mismo. Por eso no se trataría aquí de algo que Dios hace sin más en nosotros sin nuestro consentimiento y colaboración. Sabe que el hombre se le puede resistir a Dios, y, de hecho, se le resiste en este camino de purificación. Por eso, en la opinión de Juan de la Cruz, con alguna frecuencia algunos no pasarían casi de los primeros pasos⁴⁰.

3.2. Por otra parte, si en el punto anterior a la luz de *Cántico* veíamos cómo para recorrer este camino de purificación por la vía del amor había que salir de sí y de todas las cosas, ahora podemos ver, a la luz de *Noche oscura* que eso no se puede lograr plenamente si no es pasando por un proceso de oscura y purgativa contemplación por la que Dios, en su amor, conduce al alma en la que ve cierta capacidad para ir adelante. La oscuridad de esta así llamada contemplación es tal, que, en una dialéctica casi de simbología bautismal, se nos habla de verdadera muerte para llegar a alcanzar una vida de verdadero amor.

Dice, pues, Juan de la Cruz: «Cuenta el alma (...) el modo y manera que tuvo en salir, según la afición, de sí y de todas las cosas, muriendo por verdadera mortificación a todas ellas y a sí misma, para venir a vivir vida de amor dulce y sabrosa con Dios. Y dice que este salir de sí y de todas las cosas fue una noche oscura, que aquí entiende por la contemplación purgativa (...), la cual pasivamente causa en el alma la dicha negación de sí misma y de todas las cosas. Y esta salida dice ella aquí que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dio el amor de su Esposo en la dicha contemplación oscura. En lo cual encarece la buena dicha que tuvo en caminar a Dios por esta noche con tan próspero suceso»⁴¹.

³⁹ IS 1,4-5.

⁴⁰ Cf. *Subida*, pról. 2-4; 1N (*Noche oscura*) 2-8; 14,5-6.

⁴¹ 1N, canción 1, declaración 1-2.

De hecho sólo una líneas más abajo Juan de la Cruz insistirá en su propósito de explicar en el libro *Noche oscura* la importancia de entender la necesidad de que Dios, en su amor, nos haga pasar por esta noche oscura de purificación⁴².

Sin duda son muchas las circunstancias, exteriores e interiores, que pueden servir de vehículo para dicha purificación así llamada «pasiva» del hombre; que, por otra parte, no se quedaría en lo superficial, sino que tocaría las raíces más hondas del mismo⁴³. Pero en el fondo es la misma cercanía de Dios la que purifica, como veremos más adelante, no las solas circunstancias externas o internas.

En ella Dios está tanto o más activo que en las purificaciones activas. Y de alguna manera también el hombre mismo debe estarlo, pues debe querer y aceptar en cada momento lo que está viviendo, sin volverse atrás. Algo que sólo se lograría desde un fuerte enraizamiento en las virtudes teologales; sobre todo desde cierta osadía obstinada de amor⁴⁴.

3.3. San Juan de la Cruz recurre a distintas expresiones e imágenes para explicarnos cómo el amor que Dios nos tiene le hace acercarse al hombre y, con su amor, ponerle en trance y en camino de purificación por el amor; un amor que, si acaba prendiendo en el hombre, lo purifica y regenera totalmente.

Una de esas imágenes es la de la madre y el hijo. Dios sería como una madre que, en su amor, nos reengrendra y nos guía para hacernos vivir una vida nueva desde lo único que nos puede hacer vivir de verdad: el amor. Un amor, el de Dios, que se expresaría no sólo cuando al hombre le parece que sensiblemente Dios se le muestra tierno y cercano, sino también cuando, viéndole ya algo crecido, juzga conveniente hacerle empezar a caminar por su propio pie y comenzar a tomar alimento más sólido y fuerte⁴⁵.

⁴² Cf. 1N 1,1-3.

⁴³ Cf. 2N 2-4.

⁴⁴ Cf. 2N 21.

⁴⁵ Cf. 1N 1 y 8,3; cf. S, pról. 3-4; 2S 24,9; 3S 28,7; cf. también E. PACHO, «Símiles de la pedagogía sanjuanista: el «niño tierno» en los brazos de Dios», en *Monte Carmelo*, 96 (1988) 567-588.

De esta ternura de Dios para con el hombre se nos habla también en *Llama de amor viva*, sobre todo cuando se comenta el verso: «que tiernamente hieres». Es decir, que hiere pero con amor, que hiere para curar y sanar. En el resumen que nuestro místico hace de la primera canción de *Llama*, en el que se encuentra el verso apenas citado, dice así: «Resumiendo, pues, ahora toda la canción es como si dijera: ¡Oh llama del Espíritu Santo que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor! Pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna; si antes mis peticiones no llegaban a tus oídos - cuando con ansias y fatigas de amor en que penaba mi sentido y espíritu por la mucha flaqueza e impureza mía y poca fortaleza de amor que tenía te rogaba me desatases y llevases conmigo (...), ahora que estoy tan fortalecida en amor, que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu en ti, mas antes fortalecidos de ti mi corazón y mi carne se gozan en Dios vivo (Ps 83,2) con grande conformidad de las partes donde lo que tú quieres que pida pido, y lo que no quieres no quiero, ni aun puedo, ni me pasa por pensamiento querer»⁴⁶.

San Juan de la Cruz es consciente, sin embargo, de que, aunque la mano de Dios toca al hombre sobre todo para sanar y curar, con gran suavidad y delicadeza, porque no deja nunca caer toda la fuerza de su mano sobre el hombre, a veces este la siente más bien, al menos en un primer momento, como una mano castigadora, y como que Dios se le ha vuelto contrario. Y lo cierto es que Dios, cuando ve condición por parte del hombre, sí entra para destruir en él, sobre todo en la noche pasiva del espíritu, toda aquella su condición vieja que le impide amar en plenitud⁴⁷. Pero no sólo en esos casos. También actuaría así para hacer que el amor, ya en sí purificado, gane en calidad y sea mucho más perfecto, más plenamente semejante al de Dios mismo⁴⁸.

⁴⁶ L 1,36; cf. L 1,7,17,23; 3,38; 4,2.

⁴⁷ En este sentido hay que tener en cuenta las dialécticas entre oscuridad y luz, muerte y vida, que aparecen sobre todo tanto en *Noche* como en *Llama* (cf. IN 8-14; 2N 2-17; L 1-3).

⁴⁸ Así se nos dice desde el comienzo de *Llama de amor viva* (cf. pról. 2-4), pero también más adelante en la misma obra (cf. L 1,4,8,16,35; 3,25,34-35,67; también CB 39,14).

En este sentido dice en *Llama*: «La cual mano, según habemos dicho, es el piadoso y omnipotente Padre. La cual habemos de entender que, pues es tan generosa y dadivosa, cuanto poderosa y rica, ricas y poderosas dádivas da al alma cuando se abre para hacerla mercedes, y así llámala mano blanda; y es como si dijera: ¡Oh mano tanto más blanda para esta mi alma, que tocas asentando blandamente, cuanto si asentases algo pesada hundirías todo el mundo, pues de tu solo mirar, la tierra se estremece (Ps 103,32), las gentes se desatan y desfallecen, y los montes se desmenuzan! (Hab 3,6). ¡Oh, pues, otra vez blanda mano, pues así como fuiste dura y rigurosa para Job (19,21), tocándole tan mala vez ásperamente, para mí eres tanto más amigable y suave que a él fuiste dura, cuanto más amigable, graciosa y blandamente de asiento tocas en mi alma! Porque tú haces morir y tú haces vivir, y no hay quien rehuya de tu mano (Deut 32,39). Mas tú, ¡oh divina vida!, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino para sanar. Cuando castigas levemente tocas, y eso basta para consumir el mundo; pero cuando regalas, muy de propósito asientas, y así del regalo de tu dulzura no hay número. Llagásteme para sanarme, ¡oh divina mano!, y mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la libertad de tu generosa gracia, de que usaste conmigo con el toque que me tocaste de resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia (Hebr 1,3), que es tu Unigénito Hijo, en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin (Sap 8,1); y este Unigénito Hijo tuyo, ¡oh mano misericordiosa del Padre!, es el toque delicado con que me tocaste en la fuerza de tu cauterio y me llagaste»⁴⁹.

3.4. Para explicar la acción purificadora del Dios amor en la vida del hombre Juan de la Cruz menciona también en casi todas sus obras mayores —en todas, menos en *Cántico*— la imagen del fuego y el madero⁵⁰.

⁴⁹ L 2,16.

⁵⁰ Aparece por primera vez en *Subida* (1S 11,6; 2S 8,2), aunque es en *Noche* y en *Llama*, dos obras muy unidas entre sí por muchos motivos temáticos y cronológicos de composición, en donde a esta imagen se le dedica espacios más amplios de desarrollo y aplicación a la vida espiritual (cf. 2N 10,1,3-4,6-9; 11,1; L pról. 3; 1,3-4,19,22-23,25,33). Cf. E. PACHO, «Fuego», en *Diccionario de san Juan de la Cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 2000, 656-661.

Estamos ante una imagen muy plástica en la que se puede ver claramente que la acción purificadora de Dios amor en el hombre normalmente no se hace de golpe, sino que supone todo un proceso gradual y escalonado, con etapas que pueden parecer entre sí contradictorias, pero que en realidad están plenamente cohesionadas. Y esto hasta tal punto de que, para que se puedan dar determinadas etapas de plenitud, antes se ha de haber pasado las etapas de una cierta destrucción y transformación.

Aunque sería muy interesante hacer un análisis pormenorizado de todos los textos y contextos en los que el santo aduce dicha imagen, creo que aquí es suficiente para nuestro propósito citar ahora uno de dichos textos en el que además nos encontramos explícitamente afirmado que ese fuego purificador es el Espíritu Santo.

Dice, por ejemplo, nuestro místico: «En lo cual es de saber que antes que este divino fuego de amor se introduzca y una en la sustancia del alma por acabada y perfecta purgación y pureza, esta llama, que es el Espíritu Santo, está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina unión y transformación de amor en Dios. Porque es de saber que el mismo fuego de amor que después se une con el alma glorificándola, es el que antes la embiste purgándola. Bien así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo e hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes, hasta disponerle con su calor, tanto que pueda entrar en él y transformarle en sí»⁵¹.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA REENTREGA DE AMOR⁵²

Para Juan de la Cruz Dios no sólo quiere ser amado por el hombre, sino además quiere serlo con el mismo amor con que él es

⁵¹ L 1,19. En este sentido se entiende las expresiones de Juan de la Cruz referidas a Dios, y tomadas de la Biblia, en las que se describe a Dios como «fuego consumidor» o «llama consumidora» (2N 10,8; CB 39,14; L 1,19; 2,2-3).

⁵² Cf. L 3,78-85; cf. M. A. DIEZ, *Pablo en Juan de la Cruz. Sabiduría y ciencia de Dios*, Burgos, Monte Carmelo, 1990 (Apéndice I: «La «reentrega de amor». Influjo del opúsculo «De Beatitudine»», 447-515).

Amor en sí mismo y para los demás⁵³. A su vez, dice nuestro místico, la «pretensión del alma es la igualdad de amor con Dios, que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece, porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado»⁵⁴.

Esta reciprocidad en el amor es algo que aparece constantemente como meta a alcanzar, especialmente en *Cántico*. Y así sentencia nuestro místico: «No basta que Dios nos tenga amor para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos a él para recibirlas y conservarlas»⁵⁵.

Como ya he ido indicando, no es que desde el principio se presente al hombre como amando a Dios como de Dios es amado. Más bien lo que aparece es todo lo contrario. Pero se suele insistir claramente en la voluntad de progreso en el amor por parte del hombre, incluidos los momentos de purificación y rupturas necesarias.

Dios, sin embargo, sí aparece siempre como amor inquebrantable e irreversible hacia el hombre, desde la creación del mismo en Cristo, el Hijo, Verbo Esposo, hasta el abajamiento (encarnación) y la cruz, pero también la resurrección y la glorificación del Cristo total, es decir, también de cada hombre y de la humanidad entera en Cristo⁵⁶.

Todo esto, por otra parte, tendrá su plenitud en la otra vida, en el más allá, pero también es una meta a alcanzar y vivir en el más acá, en la misma existencia terrena del hombre. Me gusta especialmente toda una serie de pasajes de *Cántico Espiritual* en los que se hace alusión a que «entrambos», Dios y el hombre, viven el mismo amor y los frutos que de él se siguen⁵⁷. Esto resulta particularmente elocuente cuando se hace referencia a la herida de amor que se da en el hombre hacia Dios, pero también de Dios hacia el hombre: porque también Dios en Cristo está como «herido» de amor por el hombre⁵⁸. Incluso se llega a decir que la fe es recíproca de uno en el otro, y no sólo del hombre en Dios⁵⁹.

⁵³ Cf. CB 13,11; 28,1; 32,6; 36,5; 38,3-4; 39,3-6; L 3,79-80.

⁵⁴ CB 38,3; cf CB 11,10; 22,8; 24,5; 28,1.

⁵⁵ CB 30,9.

⁵⁶ Cf. CB 5; 22,1; 23; 36-37 y 39.

⁵⁷ Cf. CB 12,7; 13,9; 24,1 y 3; 28,1; 30,2 y 6; 36,5; 37,8.

⁵⁸ Cf. CB 13,9-12; 35,7.

⁵⁹ Cf. CB 22,3.

En línea con todo lo que he venido exponiendo hasta aquí me parece especialmente elocuente el diálogo que encontramos entre el alma esposa y el Verbo Esposo, Hijo de Dios, en *Cántico Espiritual* 32-35.

Por una parte, en las canciones 32-34 se pone de relieve la actitud del alma esposa, agradecida por todo el amor que ha recibido y recibe de Dios, quien lejos de despreciar su pequeñez y falta de amor, en su misericordia la ha ido purificando, engrandeciendo y adornando de gracias y virtudes, haciéndola digna de sí. Es como un canto de eterno gracias, anticipo de lo que será en la eternidad.

A esto, en la canción siguiente, la 34, el Esposo Cristo responde alabando la generosidad de la esposa que, por amor, ha querido quedarse vacía y sin nada de todo aquello que no es amor de Dios. Es también como el «gracias» que la esposa recibe por parte de Dios. Y concluye el comentario de dicha canción así: «También en soledad de amor herido. Es a saber, de la esposa. Porque, además de amar el Esposo mucho la soledad del alma, está mucho más herido del amor de ella por haberse ella querido quedar a solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de él, y así él no quiso dejarla sola, sino que, herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él solo la guía a sí mismo, atrayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera él en ella si no la hubiera hallado en soledad espiritual»⁶⁰.

⁶⁰ CB 35,7: cf. CB 29-31.